

Pedro Rodríguez  
**"CAMINO", UNA ESPIRITUALIDAD  
DE VIDA CRISTIANA**

---

Este escrito apareció en el núm. 26, vol. IX, de  
«Teología Espiritual».

## I

### «ESTAS CRISIS MUNDIALES SON CRISIS DE SANTOS»

«Camino» es uno de los libros de espiritualidad más célebres de este siglo. Su autor, Mons. Escrivá de Balaguer, es el Fundador del Opus Dei. La primera redacción de «Camino», reducida, aparece en 1934, y la definitiva en 1939. La multiplicación de traducciones y ediciones de «Camino» en los años posteriores es paralela a la extensión por todo el mundo de aquella Asociación de fieles, cuya espiritualidad se reflejaba en los «pensamientos» del pequeño gran libro.

«Camino» está escrito al filo de la vida cotidiana, al filo de la experiencia apostólica del autor. Nada, pues, más lejano que «Camino» a un libro de gabinete, fruto de una elucubración raciocinante. La poderosa inspiración doctrinal que recorre todo el libro —el tiempo mostraría su carácter de adelantado de los tiempos— refleja un modo de mirar a Dios, la Iglesia y el mundo que no se explica sólo a partir de las «lecciones teológicas» que escuchara Mons. Escrivá de Balaguer en los centros eclesiásticos españoles de los años 20 —¡y el alumno era una inteligencia egregia!—, sino por una claridad de ideas, por una luz nueva, mejor, por unos

«resplandores nuevos, para mis ojos, de esa Luz Eterna que es el Santo Evangelio» («Camino», 416), que han de ponerse necesariamente en relación con la fundación del Opus Dei el 2 de octubre de 1928.

Las consideraciones espirituales que «Camino» contiene en número de 999 son como otras tantas instantáneas de la vida de oración y del trabajo apostólico de Mons. Escrivá de Balaguer. Cada una de ellas se explica y se profundiza no sólo a través de las más próximas sino de otras bien distantes, que acuden a la memoria del lector habitual del libro, mostrándole la coherencia y unidad del libro entero <sup>1</sup>.

Precisamente porque los rasgos cristianos de «Camino» están sacados del contacto más profundo con la intimidad de Dios y, a la vez, de la más cotidiana experiencia apostólica —trato con el hombre de carne y hueso— pueden encontrarse en el libro, junto a pensamientos arrancados de la oración contemplativa, pequeños consejos prácticos que sir-

ven, por ejemplo, para vivir la fraternidad o aprovechar el tiempo en el estudio.

«Camino» es un libro que se resiste a la lectura «informativa» y «crítica», cuando ésta aparece como actitud primaria. (Dicho sea de paso, pienso que todo escrito verdaderamente cristiano encuentra la misma resistencia, empezando por la Sagrada Escritura: el cristianismo es primariamente vida y testimonio <sup>2</sup> que, en una segunda fase, se autocomprende y explica con el rigor del intelecto). En cambio es un libro que ha demostrado una extraordinaria capacidad para desencadenar —valga la expresión— las manifestaciones vitales del Cristianismo entre las personas de mentalidad más diversa: lo mismo universitarios japoneses que madres de familia españolas.

Por supuesto, en un libro como «Camino» no está contenida *toda* la espiritualidad del Opus Dei, y —menos aún— *sistemáticamente* expuesta. Es obvio que no era

<sup>1</sup> Una anécdota. Hace pocos días me contaba una señora, casada y con varios hijos, un «nuevo mediterráneo» descubierto en su vida espiritual a la par que profundizaba en la coherencia de los puntos de «Camino», cada uno de los cuales es contexto de los demás. Meditaba en el punto 1 de «Camino» la tarea apostólica del cristiano, descrita así: «Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón». Después, en el punto 92, sobre la oración, encontró escrito: «Y, en mi meditación, se enciende el fuego. —A eso vas a la oración: a hacerte una hoguera, lumbre viva, que dé calor y luz». Después vino el «descubrimiento»: la raíz del apostolado —pegar fuego— está en la oración, lumbre viva. Un «nuevo mediterráneo» no teórico, sino en el clima de la oración.

<sup>2</sup> También es, primariamente, doctrina. Cristo, que dijo de sí mismo «Yo soy la Vida», dijo también «Yo soy la Verdad» (cfr.loh. 14, 6). Pero, en su manifestación original, «doctrina» y «vida» van tan estrechamente unidas que los contenidos doctrinales se contemplan para ser «vividos» (en el sentido noble y fuerte de la expresión) y se captan a través de sus manifestaciones vitales: testimonio. La segunda fase, la reflexión teológica sobre la doctrina y sobre la vida, tiende a satisfacer las innatas exigencias intelectuales del ser humano: el hombre quiere ordenar y profundizar *racionalmente*, en la medida de lo posible, la verdad y la vida que encuentra en la Revelación aceptada por la fe. Digo *en lo posible*, porque la Revelación —hechos y doctrina— es sobrenatural y, por tanto, no es rigurosa y adecuadamente «comprensible» y «racionalizable».

ésta la intención del autor del libro. Por ello, para profundizar y completar muchos aspectos, será siempre necesario —y así haremos a lo largo de estas páginas— acudir a otros escritos de Mons. Escrivá de Balaguer, redactados en un estilo distinto del tono entrecortado y confidencial de «Camino», más doctrinales y razonados. Sin embargo, en «Camino» se recoge *esencialmente* el contenido vital de la espiritualidad que Mons. Escrivá le Balaguer ha extendido por el mundo.

Estas líneas se proponen una reflexión que ahora pongo por escrito, pero que es vieja. Arranca de años atrás y está hecha también al filo de la vida: al filo de mi vida, quiero decir, del impacto que esa espiritualidad ha producido en mi modo de vivir y entender la vocación cristiana. No sabría decir, cuando leo y medito los escritos del Fundador del Opus Dei, dónde termina lo que suele llamarse «lección espiritual» y «meditación», y dónde empieza la reflexión intelectual y teológica, la construcción ordenada y sistemática de las realidades cristianas y mundanas a partir de la luz que esa meditación proyecta.

Mi reflexión intelectual sobre la doctrina del Fundador del Opus Dei viene precedida de una batalla de bastantes años —¡Dios sabe con qué eficacia!— por vivir su espíritu.

### *El ambiente de «Camino»*

«Camino» tiene un estilo directo, todo él

es un diálogo sereno, desde la primera línea —«Que tu vida no sea una vida estéril»— hasta la última —«enamórate y no 'le' dejarás»—. En las líneas de introducción, Mons. Escrivá de Balaguer nos describe este clima dialogante: «Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre. Y estas confidencias las escucha Dios». Cada punto de «Camino», en efecto, es o un diálogo con Dios o una conversación con los hombres o una palabra de la Sagrada Escritura y un silencio expectante:

«¿Saber que me quieres tanto, Dios mío, y... no me he vuelto loco?» («Camino», 425).

«Reconozco mi torpeza, Amor mío, que es tanta..., tanta, que hasta cuando quiero acariciar hago daño» («Camino», 883).

«Señor, para mí nada quiero. —Todo para tu gloria y por Amor» («Camino», 788).

«¡Influye tanto el ambiente!, me has dicho. —Y hube de contestar: sin duda...» («Camino», 376).

«¡Cómo me has hecho reír y cómo me has hecho pensar al decirme esta perogrullada!: yo... siempre meto los clavos por la punta» («Camino», 845).

«Dice el Señor: 'Un mandato nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. En esto conocerán que sois mis discípulos'.

—Y San Pablo: 'Llevad unos la carga de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo'.

—Yo no te digo nada» («Camino», 385).

En este medio ambiental, confiado y amigable, propio de «Camino», se le presentan al lector, en oleadas sucesivas y en toda su desnudez, las más radicales exigencias del

vivir cristiano. El cristianismo aparece allí como lo más opuesto a algo «recibido», «instalado», «patrimonio que produce rentas» en medio de la pasividad. Es un llamamiento, algo que compromete, que vincula, que destruye la paz burguesa de los espíritus. Y sobre todo, el cristianismo aparece —desde el fundamental punto primero del libro— como una empresa a realizar en la propia existencia personal:

«Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. —Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón» («Camino», 1).

Si se tiene presente el contexto histórico de «Camino», se comprenderá fácilmente cómo el libro —a pesar de la serenidad de su doctrina— se escribe dialécticamente frente a un cristianismo pasivo, amodorrado, transformado en ideología, en ética, en «buenas costumbres», pero falto de fe viva en su capacidad de fermento santificador:

«Enciende tu fe. —No es Cristo una figura que pasó. No es un recuerdo que se pierde en la historia.

¡Vive! 'Jesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula!' —dice San Pablo— ¡Jesucristo ayer y hoy y siempre!» («Camino», 584).

A través de las páginas de «Camino», su autor contempla la necesidad de revitalizar la presencia de los cristianos en el mundo, inspirándose en el «clima» neotestamentario: por eso son tan frecuentes las referen-

cias a los primeros cristianos —«que trataron a Pedro y a Pablo y a Juan, y casi fueron testigos de la Muerte y Resurrección del Maestro» («Camino», 925)— y la invitación a la lectura de la Sagrada Escritura: «Bebe en la fuente clara de los 'Hechos de los Apóstoles'» («Camino», 570). «Ojalá fuera tal tu compostura y tu conversación que todos pudieran decir al verte o al oírte hablar: éste lee la vida de Jesucristo» («Camino», 2).

Pero Mons. Escrivá de Balaguer entrevé esa renovación de la vida cristiana a través de la renovación de las personas singulares y concretas: todo el libro, escrito en tono personal, es una incitación a que «tú», en concreto, captes la responsabilidad de la tarea: «*De que tú y yo nos portemos como Dios quiere* —no lo olvides— dependen muchas cosas grandes» («Camino», 755). Esta valoración de la persona humana, libre y responsable, es el supuesto antropológico sobre el que construirá la «imagen del cristiano» que se dibuja a lo largo del libro.

### *La estructura interna de «Camino»*

Yo diría —es mi interpretación personal después de meditar mucho tiempo «Camino»— que Mons. Escrivá de Balaguer, al escribir estas páginas, trata de recoger el «tesoro histórico» del Cristianismo y entregarlo al hombre contemporáneo. Precisamente su modo de entregar el tesoro le lleva a delinear un concepto de vida cristiana en el mundo, que siendo propio de la tradi-

ción cristiana —«No te contaré nada nuevo», dice humildemente en el prólogo— aparecía en su época a los ojos de muchos como algo que se descubría por primera vez. La gran proyección social de estas ideas —otros han contribuido al fenómeno desde ángulos distintos— hace que al cabo de los 30 años pueda ya estudiarse pacíficamente el mensaje de «Camino» y de Mons. Escrivá de Balaguer, sin provocar el escándalo de los «bien pensantes». Recientes documentos conciliares, en especial la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, caps. IV y V, excusan la exposición polémica de una doctrina que, en días no tan lejanos, algunos consideraban como «peligrosa innovación modernista».

Aun sabiendo que dejo muchas cosas en el tintero— rasgos y aspectos de la espiritualidad de «Camino»— querría yo sorprender en el libro lo que, a mi modo de ver, constituye el núcleo teológico de su mensaje, su imagen de Dios y del hombre.

Me parece que en los 999 puntos de «Camino» hay como una doble serie de textos. Por una parte está todo un conjunto de pensamientos que entroncan con algo que a mí me gusta denominar la «vocación cristiana radical»: no se contempla en ellos la variedad de vocaciones, estados y carismas que se dan en la vida del Pueblo de Dios. Es algo así como el común denominador cristiano, cualquiera que sea el numerador de la persona que los lea. Aquí no hay soltero o casado, clérigo o laico, religioso o secular. Estamos, desde el punto de vista de la espiritualidad, en el nivel que se co-

rresponde con el cap. II de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, «De populo Dei»: «Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo..., como fundamento la dignidad y libertad de los hijos de Dios..., como ley, el mandato del amor..., como fin, el crecimiento del Reino...»<sup>3</sup>.

Cuando leemos, por ejemplo, el brevísimo punto 5 de «Camino» —«Acostúmbrate a decir que no»— o aquel otro, también muy breve, el 278 —«Ten presencia de Dios y tendrás vida sobrenatural»— es evidente que nos encontramos ante una manifestación concreta de la fortaleza cristiana y ante un principio esencial que arranca del Sermón de la Montaña. Estamos ante la espiritualidad cristiana, sin más matices. Es algo que debe darse en cualquier «imagen del cristiano» que quiera trazarse con fidelidad al Evangelio custodiado por la Iglesia. Es pura transmisión del mensaje cristiano.

En este sentido, «Camino» entronca —recibe y entrega— con todas las empresas santas que históricamente han enriquecido, al vivirlo, ese tesoro cristiano —por eso hablé antes de «tesoro histórico»—:

«Pero... ¿y los medios? —Son los mismos de Pedro y de Pablo, de Domingo y Francisco, de Ignacio y Javier: el Crucifijo y el Evangelio...

—¿Acaso te parecen pequeños?» («Camino», 470).

En este plano esencial, la experiencia espiritual de una religiosa santa se presenta

<sup>3</sup> Const, de Ecclesia, 9.

a hombres de mundo para animarles a una dedicación a Dios:

«...que Jesús no tenga que decir por ti aquello que cuentan que dijo por otros a la Madre Teresa: 'Teresa, yo quise... Pero los hombres no han querido'» («Camino», 761).

Y la anécdota del «fraile mostén» («Camino», 704) da pie al diálogo con el hombre de la calle: «Esto, que gozosamente oí decir a ese santo varón, tengo que decírtelo a ti con pena, cuando me cuentas que no eres feliz».

Y todo ello en un libro que no se dirige primariamente a monjas y frailes, sino a los cristianos corrientes: «Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres o mujeres mundanos» («Camino», 939). Sin embargo, es ese contenido de cristianismo esencial al que me estoy refiriendo, el que hace posible que almas apartadas del mundo puedan sacar también inspiración de muchos lugares del libro, como se deduce de la nota del autor a la tercera edición castellana: «Tenemos datos consoladores —cartas de sacerdotes, de religiosos y, sobre todo, de jóvenes— del fruto sobrenatural que estas páginas han hecho en las almas»<sup>4</sup>.

«Camino», como antes dije, es un libro que quiere despertar y encauzar la responsabilidad cristiana de los laicos, introducirlos en una vida seriamente cristiana, católica. Por eso se les entrega en esta prime-

<sup>4</sup> Aparte de este impacto personal de «Camino», muchos religiosos estudian y meditan el libro para orientar a los laicos por el camino de una auténtica espiritualidad laical.

ra serie de textos, esa doctrina necesaria y esencial en cualquier condición de la vida cristiana y cualquiera que sea su experiencia espiritual concreta; un decantado de la tradición cristiana, del tesoro histórico del Cristianismo, que arranca de la Sagrada Escritura y que se enriquece a lo largo de los siglos por la experiencia de las almas santas.

Sin embargo, como toda esta doctrina está pensada por el autor para entregarla al hombre de la calle, al fiel corriente, inmerso en las tareas mundanales, ese cristianismo esencial, siendo viejo, queda matizado, adquiere un nuevo estilo, un nuevo espíritu que ya de por sí configuraría una nueva espiritualidad, si no fuera porque ésta queda dibujada en otra serie de textos, dispersos y mezclados aquí y allá con los otros, que dan al libro su sugestiva personalidad y constituyen la «novedad» de «Camino» en la vida espiritual católica. Es aquí, principalmente, donde el autor traza la «imagen del cristiano» peculiar a la espiritualidad del Opus Dei: aquí vemos al fiel corriente, al laico que, sin ser mundano, es del mundo, solidario de todo lo bueno, verdadero y bello que en el mundo se encuentra, y penetrando a la vez en sus fibras más profundas de la verdad y la gracia de Jesucristo.

En las páginas que siguen querría yo describir esa «imagen del cristiano» que aparece en «Camino», es decir, su modo peculiar de mirar a Dios, a la Iglesia y al mundo.

*La universal llamada a la santidad*

La mirada del fundador del Opus Dei a las realidades cristianas capta, ante todo, el cogollo sobrenatural del mensaje de Cristo, que aparece así como un mensaje de santidad y de salvación: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundantemente» (loh. 10, 10). La Redención operada por Cristo tiene como efecto propio la santidad personal de los redimidos. La universal llamada a la santidad —treinta años después sería tratada solemnemente en la Constitución «Lumen gentium» del Vaticano II— es el ambiente del libro y de la predicación de Mons. Escrivá de Balaguer.

Por todas partes, en efecto, se respira en «Camino» esta exigencia de santidad. Hay un texto, sin embargo, que refleja en su misma redacción el desconcierto que esta verdad de fe —tan poco conocida entonces— producía en las gentes que se tropezaban con el fundador del Opus Dei:

«Tienes obligación de santificarte. —Tú también. —¿Quién piensa que ésta es labor exclusiva de sacerdotes y religiosos? A todos, sin excepción, dijo el Señor: 'Sed perfectos, como mi Padre Celestial es perfecto'» («Camino», 291)<sup>5</sup>.

Por el hecho del bautismo, de la carta de ciudadanía cristiana, el hombre es llamado

<sup>5</sup> Según la Constitución Dogmática de Ecclesia (número 40), «Dios Nuestro Señor predicó la santidad de vida a todos y cada uno de sus discípulos, de cualquier condición que fuesen, santidad de la que El es Maestro y modelo: *Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*» (Mt 5, 48).

a la santidad<sup>6</sup>. Y, más concretamente, a la santidad *personal*, que no es abstracta y difuminada, teórica, sino concreta, cotidiana; en definitiva, personal. Esta es la santidad de los laicos, de «los hombres y mujeres del mundo», como dirá después en el punto 939.

Al plantear el fundador del Opus Dei la tarea del «apóstol moderno» (cfr. «Camino», 335) no se detiene en consideraciones sobre la situación política del mundo, sobre la presencia del marxismo, sobre la crisis de la cultura contemporánea, sobre los problemas que la nueva situación plantea tácitamente a la iglesia... Todo esto, en el contexto de «Camino», es algo que tiene —diríamos— una posterioridad lógica, ya que no siempre cronológica. Hay algo, en cambio, que tiene prioridad absoluta, ateniéndose a la Revelación cristiana: la entrega personal al Señor de la Iglesia y del universo, la necesidad de ser santos. A partir de esta entrega debe contemplarse todo lo demás, porque todo en el mundo, radicalmente, se reduce a un problema de santidad personal: «Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos» («Camino», 301).

El revulsivo interior que esta doctrina ha creado en los lectores del libro proviene de la viveza, de la asequibilidad con que en él

<sup>6</sup> Para Mons. Escrivá de Balaguer, el cristiano es, ante todo, el santo: «hombre de Dios», «apóstol», «caudillo», «apóstol de apóstoles», «hombre de oración y de sacrificio», «alma de criterio», «hombre de vida interior» (cfr. «Camino», *passim*) son conceptos sinónimos.

se presenta la santidad vivida en el mundo, la santidad de las «buenas gentes»: leer «Camino» es sentirse invitado y comprometido a una empresa sobrenatural —la santificación— que parecía —nunca ha sido así doctrinalmente— cosa propia de almas fuera del mundo, de personas que no son «mi contexto». Esta invitación universal a la santidad, que marca la impronta del libro, ha sido tema incesante de la actividad pastoral del autor de «Camino». «Con el comienzo de la obra en 1928, mi predicación ha sido que *la santidad no es cosa para privilegiados*. Hemos venido a decir que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas. Nosotros no presentamos a los laicos como modelo la santidad de un sacerdote o la de un religioso, sino que decimos a cada uno —a todas las mujeres y a todos los hombres— que allí donde está puede adquirir la perfección cristiana: y no una perfección secundaria, porque no es la perfección de los laicos una mala y triste imitación de la santidad del religioso o de la del sacerdote»<sup>7</sup>.

La idea de una santidad específicamente laical, no imitada ni copiada de la que es específica de los religiosos, ni comparada en

<sup>7</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54.

En este texto, y en algunos otros, del autor de «Camino» que se citarán más adelante (también en algunas citas del Magisterio), aparecen palabras o frases subrayadas. El subrayado casi siempre es mío. Si en alguna ocasión es del autor, se hace constar expresamente en la referencia.

grados de facilidad con la de estos hombres y mujeres que viven por vocación el *contemptus saeculi*<sup>8</sup>, es el presupuesto y el ambiente de la espiritualidad del Opus Dei. Del mismo documento que acabo de citar son estas palabras: «No quiero decir que es más fácil la santidad en el mundo que en la vida religiosa: sino que cada uno ha de buscarla y la puede lograr en el estado para el que ha sido llamado por Dios —vocación—, y allí no le faltará la gracia del Señor»<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> Cfr. lo que se dice sobre la vocación religiosa en la nota 18.

<sup>9</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54.

## II

### LAS TRES LINEAS ESTRUCTURANTES DE LA ESPIRITUALIDAD DEL OPUS DEI

A partir de ahí se pueden ir descubriendo las «líneas de fuerza» que vertebran «Camino», los trazos que describen el lugar geométrico de la santidad laical o, lo que es lo mismo para el Fundador del Opus Dei, de la presencia de los cristianos en el mundo.

En mi opinión, hay dos grandes líneas que recorren el pequeño gran libro y lo convierten en «manual de la santidad de los laicos»: la primera es el mundo, la situación mundanal del hombre y, sobre todo, su dinamismo creador —el trabajo— afirmados positivamente y contemplados en la economía de la gracia (santificación del trabajo, santificación de las actividades humanas); la segunda constituye como el eje sobrenatural de la tarea santificadora y podríamos calificarla como «primacía de la gracia», de la oración, de la interioridad, que en el libro se expresa, ante todo, como vivencia y sentido de la filiación divina, lo que configura la espiritualidad de los laicos como «espiritualidad bautismal».

De la confluencia de ambas líneas estructurantes brota una tercera, que confiere a

la vocación cristiana del laico los rasgos de una vocación esencialmente apostólica.

Me parece que es en torno a estos tres ejes como deben situarse todas las demás características de la espiritualidad del Opus Dei.

# 1. VALIDEZ DE LA SITUACIÓN MUNDANAL DEL CRISTIANO PARA LA TAREA SANTIFICADORA: «ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO».

Para el lector que se acerca a «Camino» en medio de su actividad profesional, la lectura del libro, especialmente el capítulo titulado «Estudio»<sup>10</sup>, proyecta una luz inmensa sobre las tareas humanas en que anda empeñado. Aquella vocación a la santidad a que antes aludía está pensada, explicada y vivida en las páginas de «Camino» como algo íntimamente unido a la situación humana, civil, secular del lector. Resulta del libro que la actividad temporal es en sí misma «valiosa» en la economía de la Redención. La santidad no es, pues, algo exclusivo de «separados» del mundo, sino también de hombres «inmersos» en el mundo. Más todavía: el mundo, el trabajo, la actividad temporal aparecen en «Camino» como la «materia prima» de la santidad de los lai-

<sup>10</sup> Números 332-359. «Camino» se escribe en una época en que la actividad pastoral del Fundador del Opus Dei era especialmente intensa en los medios universitarios de Madrid, situación que se refleja en muchos puntos del libro, extraídos de la experiencia apostólica del autor.

cos. Analicemos un poco más despacio el pensamiento del autor.

La mirada al mundo de Mons. Escrivá de Balaguer descubre las cosas de la tierra como aptas, válidas, para la empresa santificadora. Bajo este prisma de la santidad —es necesario repetirlo— se contempla todo en «Camino». Pues bien, esa aptitud, esa validez de lo intramundano para los fines sobrenaturales de la Redención presuponen en el pensamiento del Fundador del Opus Dei una afirmación de los valores naturales del hombre y de la Creación. En este sentido, el mensaje de «Camino» es una exhortación al cristiano a «tomarse el mundo en serio», a asumir seriamente la propia circunstancia humana. Sólo con esta condición podrá santificarse lo terreno<sup>11</sup>. Hay dos ideas en «Camino» —repetidas en puntos muy diversos— que llevan principalmente a estas deducciones. Se trata del concepto de «prestigio profesional» y de la idea de «perseverar en tu lugar».

## *El concepto de prestigio profesional*

Solamente el cristiano que se enfrente con seriedad a su tarea profesional y huma-

<sup>11</sup> El Concilio Vaticano II describe la situación del laico en el mundo como apta para la tarea sobrenatural con estas palabras: «Viven en el mundo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones corrientes de la vida familiar y social, con las que su existencia forma como un único tejido: allí están llamados por Dios a cumplir su propia misión» («Const. de Ecclesia», núm. 31).

na —cultural, artística, política, económica, en la diversidad de oficios y profesiones— está en condiciones de un diálogo con los demás hombres que pueda tener eficacia apostólica. Es la doctrina que expresa negativamente el punto 371 de «Camino»:

«Cuando bullen, 'haciendo cabeza' de manifestaciones exteriores de religiosidad, *gentes profesionalmente mal conceptuadas*, de seguro que sentís ganas de decirles al oído: ¡Por favor, tengan la bondad de ser menos católicos!»

En estas palabras late una templada indignación ante el espectáculo de tantos «católicos oficiales» que confundían —entonces, aparatosamente; hoy, de modo más matizado— Cristianismo con «manifestaciones exteriores de religiosidad», postergando y despreciando a la vez la vocación humana, estimada casi como irrelevante en la economía de la gracia. Estos católicos, «gentes profesionalmente mal conceptuadas», a lo más que llegarán es a una utilización táctica, heterónoma, de la profesión «propter regnum coelorum»: estamos ante el «arribismo» católico<sup>12</sup>. La misma doctrina se afirma, aho-

<sup>12</sup> No quiero pasar de aquí sin señalar cómo en «Camino» se contempla otra posible utilización táctica de las realidades humanas, otro modo de maltratar la naturaleza íntima de las cosas, pero ahora a través de los pocos escrúpulos de algunos anticatólicos: «vuestra 'prudencia' es ocasión de que los enemigos de Dios, *vacío de ideas el cerebro*, se den *tono de sabios* y escalen puestos que nunca debieran escalar» («Camino», 35). Mons. Escrivá de Balaguer está censurando aquí el ausentismo de los católicos de las realidades temporales, y, a la vez, la falta de calidad profesional —«*vacío de ideas el cerebro*»— de ciertos anticatólicos que

ra positivamente, en el punto que habla del prestigio profesional como «anzuelo de pescador de hombres» («Camino», 372. Cfr. también 347). El prestigio profesional es, pues, en «Camino», el resultado, reconocido socialmente, de la tarea profesional de un hombre que se la toma en serio y le dedica lo mejor de su esfuerzo.

### «La locura de cambiar de sitio»

«¡Qué afán hay en el mundo *por salirse de su sitio!* —¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le pertenece?

No es otra la razón del malestar del mundo. —*Persevera en tu lugar*, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!» («Camino», 832).

«Sin la locura de *cambiar de sitio*, desde *el lugar que en la vida te corresponde*, como una poderosa máquina de electricidad espiritual, ¡a cuántos darás luz y energía!..., sin perder tu vigor y tu luz» («Camino», 837).

En íntima unidad de pensamiento con los puntos sobre prestigio profesional, pero ahora en perspectiva más amplia, aparece esta afirmación de la validez de las situaciones humanas y de los órdenes creados —estado civil, profesión, lengua, patria— para la misión del cristiano en el mundo. De nuevo se contempla aquí la huida —que mu-

ocupan un lugar que no se han ganado a pie firme. Frente a ambos arribismos, la espiritualidad del Opus Dei es la que venimos estudiando en el texto.

chas veces no es física, sino valorativa— de los problemas mundanales; huida y depreciación que se consideran en «Camino» como causa de la poca eficacia social del mensaje cristiano: «no es otra la razón del malestar del mundo» («Camino», 832). Constituye una locura, desde el punto de vista evangélico, el ausentismo y la mentalidad de ghetto.

La «locura de cambiar de sitio» es consecuencia de lo que Mons. Escrivá de Balaguer ha llamado humorísticamente «mística hojalatera», que se describe en un escrito suyo con ocasión de abordar los problemas espirituales del laicado en la época en que nace el Opus Dei. Creo que el contenido del texto excusa la longitud de la citación:

«Con facilidad (los fieles corrientes) se sentían fatigados y embarazados en su vida espiritual, precisamente por lo que constituía su vida de laicos; y, mientras veían con admiración la perfección de los religiosos que se les ponía como ejemplo, llegaban a pensar que no podían santificarse, puesto que la adquisición de la santidad requería apartarse del mundo.

»De ahí provino, al menos en parte, eso que he llamado alguna vez *mística hojalatera*. Durante años de intensa actividad sacerdotal, que me llevaba a recorrer lugares distintos y a hablar con tantas almas de tantas clases sociales, sufría escuchando siempre la misma queja: ¡ojalá...! ¡ojalá!

»El que hacía años se había casado: ¡ojalá me hubiera hecho religioso! Y el que había permanecido soltero: ¡ojalá me hubiera casado! Y el profesional: ¡ojalá hubiese escogido otra profesión! Y el otro: ¡ojalá no

hubiese contraído estas obligaciones! Y aquél: ¡ojalá no tuviera esta mujer —ellas, este marido—, esta suegra, estos hijos!

»Deseo ineficaz de aquellos que, sintiendo por un momento el aleteo de la santidad, permanecían inmovilizados detrás de su *hojalata*: unos, por comodidad o cobardía, otros, por no encontrar una espiritualidad que respondiese a las exigencias de su situación en el mundo.

»Y aquel *ojalá* se resolvía o en abandono de los deberes de estado o en justificación de la ausencia de vida espiritual y apostólica. Y la espiritualidad que se les brindaba, para algunos resultaba una comedia, como una falta de naturalidad: se sentían a la vez desplazados del mundo, por el deseo de santificarse, y desplazados de la vida religiosa, por las circunstancias específicas de su condición de laicos.

»De una parte, entendían que habían de apartarse del mundo para poder llevar aquel género de vida espiritual; y de otra parte, que era en el mundo donde debían estar, porque no se sentían con vocación para ir al convento, y porque se consideraban impedidos por las obligaciones contraídas»<sup>13</sup>.

Se explica después en esa carta cómo el Señor ha querido resolver de raíz este conflicto, «diciendo a muchos laicos que es precisamente en el mundo, en el ejercicio de su trabajo profesional o de su oficio —en cualquier quehacer humano—, en el cumpli-

<sup>13</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54. Los subrayados son, del autor.

miento de sus deberes de estado, donde han de santificarse y ayudar a santificarse a los demás; dándoles para eso una ascética, un espíritu plenamente secular, unos medios no ya adaptados, sino específicos para su situación»<sup>14</sup>.

En este marco de una espiritualidad verdaderamente laical ha de encuadrarse, como un aspecto más, esa «situación mundanal» que es el amor humano —el matrimonio y la familia—, que aparece entonces con perfecta aptitud y validez para ser medio y objeto de santificación y debe ser considerado, en el plano de la gracia, como una auténtica vocación, como un «carisma»<sup>15</sup> en el Pueblo de Dios. Era cosa muy normal entre las almas que querían servir a Dios, pensar —por deformación espiritual— que el estado matrimonial implicaba prácticamente la renuncia a la santidad, a ocupar un puesto —vocación— en la implantación y desarrollo de la Iglesia. Se comprende la sorpresa de tantos jóvenes ante la doctrina evangélica que predicaba el Fundador del Opus Dei, y que se recoge en uno de los primeros puntos de «Camino»; «¿Te ríes porque te digo que

tienes *vocación matrimonial*? —Pues la tienes: así, *vocación*» («Camino», 27)<sup>16</sup>.

Tras esta mentalidad —«mística hojalatera», «locura de cambiar de sitio»— se esconde muchas veces una concepción peyorativa, maniquea, del mundo y de las realidades temporales, que no se corresponde con un pensamiento verdaderamente bíblico y católico.

«El mundo es bueno —ha escrito el Fundador del Opus Dei—. Somos los hombres, cuando nos apartamos de Dios, los que lo hacemos malo y feo. Y misión nuestra es restituirle la bondad divina de su recto orden, y convertirlo en ocasión de santidad,

<sup>16</sup> El subrayado es del autor. Siguiendo los textos de la Revelación y el Magisterio solemne de la Iglesia, Mons. Escrivá de Balaguer ha enseñado siempre que, en sí mismo, el celibato apostólico es un «carisma» superior al matrimonio (cfr. «Camino», 28); por eso en la Iglesia la plenitud del sacerdocio, el magisterio oficial y la *potestas regendi* están reservadas a célibes. Sin embargo, los cónyuges cristianos pueden alcanzar un grado de santidad superior a los que viven el celibato: «Y enseñando, porque es verdad dogmática, que la virginidad —o la castidad perfecta— es superior al matrimonio, hemos dicho a los casados que también ellos pueden ser almas contemplativas, en su estado, precisamente en el cumplimiento de sus deberes familiares. Hemos dado al matrimonio —institución natural dignísima, y *sacramentum magnum* (Eph. 5, 32), imagen de la unión de Cristo con su Iglesia— un sentido vocacional, de almas elegidas; aunque sea sin duda más alto el plano de donde arranca, en su ascensión sobrenatural, un alma que se dedica enteramente al servicio de Dios. Pero, partiendo de un plano menos alto, está claro que pueden llegar con la gracia del Señor a más altura que otros, que quizá inician su ascensión desde la cumbre» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54).

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> San Pablo, al hablar de matrimonio y celibato —dos «situaciones» del cristiano en el mundo— dice: «cada uno tiene de Dios su propio *don*, quien de una manera, quien de otra» (1 Cor. 7, 7). *Don*, en el texto griego *charisma*, expresa la iniciativa divina, la gracia, el carácter vocacional tanto del matrimonio como del celibato. (Cfr. Const. de Ecclesia, núm. 11, y nota 7 del cap. II).

haciendo que la vida ordinaria sea medio y objeto de santificación»<sup>17</sup>.

Sólo se podrá salvar al mundo en la medida en que los cristianos sepan asumir responsablemente —con los demás hombres— su puesto, su «lugar», su «sitio», en ese mundo en el que viven. Frente al *contemptus mundi*, propio de la vocación religiosa, la vocación cristiana secular, con igual fundamentación evangélica, debe cultivar esta espiritualidad del *amor mundi*<sup>18</sup>, que se ex-

<sup>17</sup> MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 15-VIII-53.

<sup>18</sup> Las espiritualidades monásticas y religiosas, cuyo formidable y providencial desarrollo a lo largo de la historia enriquece la santidad de la Iglesia, tienen como fondo teológico común la acentuación del sentido escatológico de la vida cristiana, la renuncia a este mundo —*contemptus saeculi*—, la liberación de las cosas de la tierra, la anticipación «profesada» de los bienes celestiales (cfr. Const. de Ecclesia, cap. VI, especialmente núm. 44). Ni que decir tiene que el *contemptus saeculi* de los religiosos no es un desprecio maniqueo. Su renuncia al mundo —por vocación divina— es fuente de gracia para los que permanecen —también por vocación de Dios— en las tareas de la tierra. Así se expresa la Const. de Ecclesia a este respecto (núm. 46): «Que nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a la Humanidad o inútiles para la ciudad terrena. Porque, aunque en algunos casos no estén directamente presentes ante sus coetáneos, los tienen, sin embargo, presentes, de un modo más profundo, en las entrañas de Cristo, y cooperan con ellos espiritualmente para que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en Dios y se dirija a El, no sea que trabajen en vano los que la edifican». La grandeza del estado religioso se manifiesta en que, «aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece de una manera indiscutible a su vida y a su santidad» (Const. de Ecclesia, 44 in finem). Sin embargo —y siempre dentro de la unidad del Pueblo de Dios— una espiritualidad verdaderamente laical es,

presa también en estas otras palabras del autor de «Camino»: «Hemos de amar al mundo porque es el ámbito de nuestra vida; porque es nuestro lugar de trabajo, porque es el campo de batalla —hermosa batalla de amor y de paz—, porque es donde nos hemos de santificar y hemos de santificar a los demás»<sup>19</sup>.

Este reconocimiento de los valores de la Creación en el plano sobrenatural de la Redención llevaba a Mons. ESCRIVÁ de Balaguer a dirigirse a los socios del Opus Dei con esta audaz expresión: «La vocación profesional, cualquiera que sea, es para nosotros parte de nuestra vocación divina»<sup>20</sup>.

como estamos viendo, distinta en sus supuestos y en sus manifestaciones, en su fondo teológico, de toda espiritualidad religiosa.

<sup>19</sup> MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54.

<sup>20</sup> MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 14-II-50. El lector habitual de «Camino» habrá observado que el autor se refiere a la acción humana del cristiano —común con los demás hombres— eligiendo, según la oportunidad, aspectos diversos de la misma: trabajo, profesión, actividades humanas, estudio, cultura, labor profesional, etc. Pero todos ellos parecen reducirse, en el pensamiento del autor de «Camino», sencillamente al *trabajo*, quintaesencia de la actividad humana, que viene así a ser considerado como la más profunda característica del hombre en el orden de la Creación —por tanto, esencia de la secularidad como categoría teológica—: «El trabajo para nosotros es dignidad de la vida y un deber impuesto por el Creador, ya que el hombre fue creado *ut operaretur*. El trabajo es un medio con el que el hombre se hace participante de la creación; y, por tanto, no sólo es digno, sea el que sea, sino que es un instrumento para conseguir la perfección humana —terrena— y la perfección sobrenatural» (MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54).

## «Santificarse 'en' el trabajo»

Este mundo, afirmado positivamente como bueno y valioso en el orden natural por tener su origen en la bondad de Dios, y el trabajo del hombre, dimensión fundamental de la vocación humana, serán estimados en cada página de «Camino» como la base, el sustrato de la santificación del hombre cristiano. Más aún: es en un contexto de santificación personal y colectiva como se trata el tema del trabajo en «Camino» y en casi todos los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer que conozco. De tal modo es así que, desde este ángulo, la doctrina espiritual del Fundador del Opus Dei puede reducirse a esto: la vocación del laico cristiano consiste en la santificación del trabajo ordinario. «El trabajo profesional, con todo lo que trae consigo de deberes de estado, de obligaciones, y de relaciones sociales, es no sólo el ámbito en que los miembros del Opus Dei deben buscar la perfección cristiana, sino el medio y el camino de que se sirven para conseguirla; *exibit homo ad opus suum* (Ps. 103, 23), cada uno a su trabajo, sabiendo que hay que santificar la profesión, santificarse en la profesión y santificar con la profesión»<sup>21</sup>. Esta instrumentalidad de las situaciones mundanales respecto de la santidad del cristiano aparece propuesta con estas palabras por el Concilio Vaticano II: «Todos los fieles, por tanto, cualquiera que sea su condición de

<sup>21</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54.

vida, de oficio o de circunstancia, y *precisamente por medio de todo ello*, se pueden santificar cada vez más...»<sup>22</sup>.

Esta concepción del trabajo humano como medio de santificación del cristiano corriente lleva aparejadas —a título de ejemplo— las siguientes consecuencias:

## 1.—Universalidad de la llamada a la perfección.

Allí donde haya una profesión humana lícita, cualquiera que sea, allí recae la llamada divina a la santidad: «¿quién se atreverá a decir que es menos útil el serrucho del carpintero que las pinzas del cirujano?» («Camino», 484). «No hay en la tierra una labor humana noble que no se pueda divinizar, que no se pueda santificar. No hay ningún trabajo que no debamos santificar, que no pueda estar comprendido en la *consecratio mundi*»<sup>23</sup>.

<sup>22</sup> Const. de Ecclesia, núm. 41.

<sup>23</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54. Esta universalidad fundamenta la diversidad de situaciones humanas que se da de hecho entre los miembros del Opus Dei: «El Opus Dei acoge y encauza el hecho hermosísimo de que cualquier estado y cualquier trabajo profesional, siempre que sea recto y perseverare en esa rectitud, puede llevar a Dios. Y nuestra Obra recoge esa posibilidad en una vocación bien definida: una *dedicación personal* a Dios en medio del mundo, para convertir nuestra vida ordinaria y nuestra labor profesional y social en instrumentos de santificación y de apostolado, cualquiera que sea la edad y las circunstancias individuales» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 15-VIII-53).

- 2.—La santificación del trabajo exige que el «finis operantis» sea sobrenatural.

«Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo» («Camino», 359). En este contexto de santificación del trabajo debe situarse, en la vida de los fieles corrientes, la actitud de ofrecerse como «hostias espirituales, gratas a Dios por Jesucristo» (1 Pet. 2, 5). Esta visión sobrenatural del trabajo ofrecido a Dios es campo predilecto para el ejercicio del sacerdocio real de los laicos: «Mientras desarrolláis vuestra actividad en la misma entraña de la sociedad, participando en todos los afanes nobles y en todos los trabajos rectos de los hombres, no debéis perder de vista el profundo sentido sacerdotal que tiene vuestra vida: debéis ser mediadores en Cristo Jesús para llevar a Dios todas las cosas, y para que la gracia divina lo vivifique todo»<sup>24</sup>.

- 3.—La santificación del trabajo exige, además, la consecución del «finis operis», lo que implica la perfección, la calidad humana del trabajo mismo.

«Me preguntas..., y te contesto: tu perfección está en vivir perfectamente en aquel lugar, oficio y grado en que Dios, por medio de la autoridad, te coloqu» («Camino», 926).

<sup>24</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 28-III-55. Cfr. Const. de Ecclesia, núm. 34.

Este —perfección humana— es uno de los aspectos más importantes de la doctrina ascética del capítulo de «Camino» titulado «Cosas pequeñas» (números 813-830). En este capítulo se encuentra un pequeño punto que presenta el panorama de la santidad en el trabajo bajo este aspecto de la perfección en el detalle concreto: «¿Quieres de verdad ser santo? Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y *está en lo que haces*» («Camino», 815). La frase que subraya marca la exigencia de perfección «técnica», diríamos. «Y parte esencial de esa obra —la santificación del trabajo ordinario— que Dios nos ha encomendado, es la buena realización del trabajo, la perfección también humana, el buen cumplimiento de todas las obligaciones profesionales y sociales... que todos trabajen a conciencia, con sentido de responsabilidad, con amor y perseverancia, sin abandonos ni ligerezas»<sup>25</sup>.

Esta doctrina nos muestra la santificación del trabajo en su núcleo humano y sobrenatural. Porque no se trata sólo de sobrenaturalizar el «finis operantis», como extrínseco y superpuesto a la tarea objetiva: hay que santificar la obra misma, sabiendo descubrir el último «finis operis» mediante la fe y realizarlo por la caridad en la esperanza. Ese último fin objetivo, que es sobrenatural —situado en el plano de la Redención—, comprende y asume dentro de sí los fines objetivos intermedios, naturales —situados en el

<sup>25</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54.

plano de la Creación—, que quedan así elevados al orden de la gracia. Por eso la santificación del trabajo exige la perfección humana del trabajo mismo, su perfección objetiva, la seriedad de su realización <sup>26</sup>.

4.—La fraternidad cristiana tiene su manifestación capital en el ejercicio de la vida profesional.

«Cuando hayas terminado tu trabajo, haz el de tu hermano, ayudándole, por Cristo, con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes.

—¡Esto sí que es fina virtud de hijo de Dios!» («Camino», 440).

5.—El trabajo, vocación humana, es el lugar ordinario de la vocación divina.

«Lo que a ti te maravilla a mí me parece razonable. —¿Que te ha ido a buscar Dios en el ejercicio de tu profesión?

Así buscó a los primeros: a Pedro, a Andrés, a Juan y a Santiago, junto a las redes: a Mateo, sentado en el banco de los recaudadores...

Y, ¡asómbrate!, a Pablo, en su afán de acabar con la semilla de los cristianos» («Camino», 799).

<sup>26</sup> Cfr. lo que se dice más adelante, págs. 124-126, sobre el trabajo como término y objeto de la acción santificadora.

Se trasluce en la redacción de este punto el asombro que en el ambiente producía la idea de una verdadera vocación a la santidad en medio del mundo.

6.—Las actividades humanas santificadas se hacen cauce para vivir la Comunión de los Santos.

«Vivid una particular comunión de los santos: y cada uno sentirá, a la hora de la lucha interior, *lo mismo que a la hora del trabajo profesional*, la alegría y la fuerza de no estar solo» («Camino», 545).

La Constitución de Ecclesia describe bellamente este panorama de la santificación del trabajo ordinario: «Los que viven entregados al trabajo conviene que a través de ese mismo trabajo humano busquen su perfección, ayuden a sus compañeros, traten de mejorar la sociedad entera y la creación, pero traten también de imitar, con su caridad laboriosa, a Cristo, cuyas manos se ejercitaron en el trabajo y que continúa trabajando por la salvación de todos en unión con el Padre. Sean gozosos en la esperanza, ayúdense los unos a los otros a llevar sus cargas y sirvanse del diario trabajo para alcanzar una mayor santidad también apostólica» <sup>27</sup>.

<sup>27</sup> Const. de Ecclesia, núm. 41.

## 2. PRIMACÍA DE LA GRACIA EN LA TAREA SANTIFICADORA: «ESPIRITUALIDAD BAUTISMAL»

Según la espiritualidad del Opus Dei, tal como aparece en «Camino» y en los demás escritos doctrinales de su Fundador, la presencia de los cristianos en el mundo viene entendida —veíamos— como santificación *de las realidades terrenas*. Interesa ahora poner el acento sobre la *santificación* de esas realidades. Porque podría parecer que ese panorama impresionante de presencia en el mundo, de construcción de la ciudad terrenal, fuera el resultado de la acción de unos «héroes» que viven un nuevo humanismo, al enrolarse con su cortejo de virtudes humanas en la más bella de las empresas. Cualquier línea de «Camino» o cualquier palabra de Mons. Escrivá de Balaguer nos trasladan, por el contrario, a una perspectiva bien diversa.

Desde esa perspectiva se descubre el hontanar de la tarea santificadora, que no puede ser sino la unión más íntima y el abandono más total en Aquél de quien dice la Escritura que es el sólo Santo: «Sed santos porque yo soy Santo» (Lev. 11, 44).

Hay un pasaje en los escritos del Fundador del Opus Dei que nos sitúa ante el perfil existencial de esta tarea santificadora que es la *consecratio mundi*: «Y si a la vista de nuestra debilidad, de nuestros errores personales, se alza un sentimiento de impotencia— siendo yo como soy ¿puedo consagrar el mundo?—, habéis de oír en seguida un sí terminante, que resonará en vuestra cabeza y

en vuestro corazón: '*sufficit tibi gratia mea, te basta mi gracia*'<sup>28</sup>.

El cristiano que debe santificar la tierra siente el peso de su miseria, el *pondus naturae lapsae*, la radical desproporción entre sus condiciones naturales —por altas que pudieran parecer— y la empresa sobrenatural a que se les invita. Y es ante esta reflexión que brota espontánea en el alma cristiana, como se dibuja la otra gran línea estructurante de la espiritualidad propuesta por Mons. Escrivá de Balaguer y que he llamado antes «primacía de la gracia». Veamos cómo se presenta en «Camino» y en los otros documentos que venimos citando.

Lo primario, repito, es la conciencia de la propia debilidad, el tema paulino del hombre viejo, que en «Camino» se describe (cfr. el capítulo sobre «Humildad», números 589-613) con colores vivísimos: «No olvides que eres... el depósito de la basura... ¿No sabes que eres el cacharro de los desperdicios?» («Camino», 592). «Eres polvo sucio y caído» («Camino», 599). Pero una concepción católica de la existencia no permite al hombre instalarse en la desesperación o en la impotencia, ni siquiera permite que tomen cuerpo: «No te turbes si al considerar las maravillas del mundo sobrenatural sientes la otra voz —íntima, insinuante— del hombre viejo. Es el *cuerpo de muerte* que clama por sus fueros perdidos... Te basta la gracia: sé fiel y vencerás» («Camino», 707). «Confía siem-

<sup>28</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54.

pre en tu Dios. —El no pierde batallas». («Camino», 733). «¡Oh, Dios mío: cada día estoy menos seguro de mí y más seguro de Ti!» («Camino», 729).

Dios y la gracia divina. Esta es la roca, esta es la fuente de la santificación. Dios, y su iniciativa y su poder y su Amor y su gracia llenan las páginas de «Camino». El cristiano, sometido a la tensión existencial de miseria y vocación a la santidad, encuentra la paz en Dios y todo aparece entonces bajo el prisma de la Bondad.

### *El sentido de la filiación divina*

En «Camino», Dios es, ante todo, el Padre, «tu Padre-Dios» («Camino», 265), que está muy próximo al hombre. El descubrimiento de su proximidad, de su intimidad en la actividad cotidiana del cristiano, es pieza clave de la espiritualidad del Opus Dei:

«Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. —Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.

¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres diciéndoles, después de una travesura: ¡ya no lo haré más! —Quizá aquel mismo día volvimos a caer de

nuevo; —Y nuestro padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende..., a la par que se enternece su corazón, conocedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace para portarse bien!

Preciso es que nos empapemos, que nos saturamos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los cielos» («Camino», 267).

En efecto, la predicación y la actividad pastoral del Fundador del Opus Dei ha ido toda ella encaminada a hacer aflorar en el cristiano la más radical consecuencia del Bautismo: el sentido de la filiación divina. Porque sólo a partir de ahí se puede hacer Iglesia en sentido profundo<sup>29</sup>. Esto es lo que se

<sup>29</sup> Una conciencia profundizada de pertenencia a la Iglesia debe caracterizarse, según Pablo VI en su encíclica programática, por un «redescubrimiento» de esta espiritualidad bautismal: «Es necesario volver a dar toda su importancia al hecho de haber recibido el santo Bautismo, es decir, de haber sido injertado, mediante tal sacramento, en el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. Y esto especialmente en la valoración consciente que el bautizado debe hacer de su elevación, más aún, de su regeneración a la felicísima realidad de hijo adoptivo de Dios, a la dignidad de hermano de Cristo, a la suerte, queremos decir, a la gracia y al gozo de la inhabitación del Espíritu Santo, a la vocación a una vida nueva, que nada ha perdido de lo humano, salvo la desgracia del pecado original, y que es capaz de dar las mejores manifestaciones y probar los más ricos y puros frutos de todo lo que es humano. El ser cristiano, el haber recibido el santo Bautismo, no debe ser considerado como cosa indiferente o sin valor, sino que debe marcar profunda y dichosamente la conciencia de todo bautizado; debe ser, en verdad, considerado por él —como lo fue por los primeros cristianos— una «iluminación», que haciendo

refleja en todo el capítulo de «Camino» titulado «Presencia de Dios» (núms. 265-278):

«Padre —me decía aquel muchachote (¿qué habrá sido de él?), buen estudiante de la Central—, pensaba en lo que usted me dijo..., ¡que soy hijo de Dios!, y me sorprendí por la calle, 'engallado' el cuerpo y soberbio por dentro... ¡hijo de Dios!»

Le aconsejé, con segura conciencia, fomentar la 'soberbia' («Camino», 274).

Esa consideración de Dios como Padre —y la consiguiente filiación divina— empuja a las almas por el camino del amor y de la confianza en Dios, alejando todas las formas de temor, que tienen sólo el carácter de tentación en la lucha ascética. En la espiritualidad del Opus Dei esta doctrina es esencial:

«Un alma en el Opus Dei no tiene ni miedo a la vida ni miedo a la muerte, porque el fundamento de su vida espiritual es el sentido de su filiación divina: Dios es mi Padre, y es el autor de todo bien y es toda la Bondad.

Y este sentido de nuestra filiación divina nos da fortaleza para luchar y, con la gracia de Dios, vencer al menos nuestra soberbia; no nos induce nunca a la laxitud, a la presunción, al abandono, sino al contrario: a la delicadeza de conciencia y a la contricción más profunda, al dolor de amor. Y el *mea culpa* de cada noche —¡personal!— no es

caer sobre él el rayo vivificante de la verdad divina, le abre el cielo, le esclarece la vida terrena, le capacita a caminar como hijo de la luz hacia la visión de Dios, fuente de eterna felicidad» («Ecclesiam suam», cap. I).

una ofensa a Dios y a la Iglesia: es más amor, más confianza, más humildad, más serenidad. Por ese camino queremos llevar nosotros a todas las almas: camino de almas contemplativas en medio del mundo»<sup>30</sup>.

El sentido de la filiación divina, que lleva a tratar a Dios como Padre y a vivir la fraternidad con el Hijo, es pues, el fundamento de la espiritualidad propia del Opus Dei y la configura como una espiritualidad del Bautismo, del hecho fundamental cristiano, en el que se nos confiere la dignidad de hijos de Dios: «Queremos la santidad, la perfección cristiana que está al alcance de todos: somos gente del mundo, gente de la calle, cristianos corrientes, que ya es suficiente título: *agnosce, o christiane, dignitatem tuam*; conoce, oh cristiano, tu dignidad»<sup>31</sup>.

### *La amistad con Jesucristo*

Jesús —el Hijo, Primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8, 29)— se hace verdaderamente Camino hacia el Padre y lo llena todo en la espiritualidad de «Camino»:

«En Cristo tenemos todos los ideales: porque es Rey, es Amor, es Dios» («Camino», 426).

A hombres y mujeres dedicados a las tareas más profanas se les propone esta reflexión cristocéntrica, que es como un eco de la

<sup>30</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54.

<sup>31</sup> *Ibidem*.

interioridad paulina («*Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo*», Col. 3, 3):

«Considera lo más hermoso y grande de la tierra..., lo que place al entendimiento y a las otras potencias..., y lo que es recreo de la carne y de los sentidos...

Y el mundo, y los otros mundos, que brillan en la noche: el Universo entero. —Y eso, junto con todas las locuras del corazón satisfechas..., nada vale, es nada y menos que nada, al lado de ¡este Dios mío! —¡tuyo!—, tesoro infinito, margarita preciosísima, humillado, hecho esclavo, anonadado con forma de siervo en el portal donde quiso nacer, en el taller de José, en la Pasión y en la muerte ignominiosa... y en la locura de Amor de la Sagrada Eucaristía» («Camino», 432).

Y en esta contemplación de los misterios de Cristo, el trato con Jesús resulta algo vivo, fraternal, amigable:

«Jesús es tu Amigo. —El Amigo. —Con corazón de carne, como el tuyo. —Con ojos, de mirar amabilísimo, que lloraron por Lázaro...

—Y tanto como a Lázaro, te quiere a ti» («Camino», 422).

La vida de la gracia es como una oferta de amistad hecha por Jesucristo —*vos autem dixi amicos!* (Ioh. 15, 15)—, que debe recoger el cristiano:

«Pierde el miedo a llamar al Señor por su nombre —Jesús— y a decirle que le quieres» («Camino», 303).

Y junto al Hijo, la Madre. En esa vida escondida con Cristo en Dios, aparece María. Hay que leer y meditar el capítulo de «Camino» titulado «La Virgen» (números 492-

516) para ver cómo la piedad hacia la Madre de Dios forma parte esencial de esa «primacía de la gracia», que es la segunda línea estructurante de la espiritualidad del Opus Dei. María es camino hacia Cristo:

«Di: Madre mía —tuya, porque eres suyo por muchos títulos—, que tu Amor me ate a la Cruz de tu Hijo: que no me falte la Fe, ni la valentía, ni la audacia, para cumplir la voluntad de nuestro Jesús» («Camino», 497).

### «Contemplativos en medio del mundo»

La vida de oración, la intimidad de la gracia, el trato filial con Dios en Cristo, el amor a Santa María, es la consecuencia arrebatadora de esta doctrina<sup>32</sup>. Sólo a partir de esta vida «interior» puede el cristiano emprender la santificación del trabajo y de las cosas de la tierra. «Es inútil que te afanes en tantas obras exteriores si te falta Amor. —Es como coser con una aguja sin hilo» («Camino», 967). «¿Si no tratas a Cristo en la oración y en el Pan, cómo le vas a dar a conocer?» («Camino», 105). Pero, «si eres de Cristo —¡todo de Cristo!—, para todos tendrás —también de Cristo— fuego, luz y calor»

<sup>32</sup> En la carta de 14-II-50, Mons. Escrivá de Balaguer describe así la existencia cristiana: «... y hace que nuestra existencia entera sea oración, sacrificio y servicio, con un trato filial con la Trinidad Beatísima: con el Padre, con el Espíritu Santo, con Jesucristo, *perfectus Deus, perfectus homo* (Symb. Quicumque); con una piedad dulce y recia hacia la Virgen Santísima, nuestra Madre; con un amor sin medida a la Santa Iglesia, al Vicario de Cristo y a todas las almas».

(«Camino», 154). «La vida interior —escribe Pablo VI— sigue siendo el gran manantial de la espiritualidad de la Iglesia, su modo propio de recibir las irradiaciones del Espíritu de Cristo, expresión radical insustituible de su actividad religiosa y social e inviolable defensa y renaciente energía en su difícil contacto con el mundo profano»<sup>33</sup>.

Sin esta poderosa vivencia de la unión con Dios, la acción cristiana en el mundo —«el difícil contacto con el mundo profano»— no es la santificación del trabajo ordinario, no es la *consecratio mundi*, sino profanación de lo sacro, puro activismo:

«¡Galopar, galopar!... ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse... Maravillosos edificios materiales...

Espiritualmente: tablas de cajón, percalinas, cartones repintados... ¡galopar!, ¡hacer! —Y mucha gente corriendo: ir y venir» («Camino», 837).

La primacía de la interioridad y de la gracia, a partir de la filiación divina, se impone: «La acción nada vale sin la oración...» («Camino», 81). Por eso, «si queréis entregaros a Dios en el mundo, antes que sabios (es decir —agrego yo—, con primacía sobre la acción temporal), habéis de ser espirituales, muy unidos al Señor por la oración: habéis de llevar un manto invisible que cubra todos y cada uno de vuestros sentidos y potencias: orar, orar y orar; expiar, expiar y expiar» («Camino», 946). Mons. Escrivá de Balaguer entiende la santificación del trabajo como un

derramarse sobre personas y cosas de la vida íntima de la gracia:

«Es preciso que seas 'hombre de Dios', hombre de vida interior, hombre de oración y de sacrificio. —Tu apostolado debe ser una superabundancia de tu vida 'para adentro'» («Camino», 961)<sup>34</sup>.

### 3. LAS SITUACIONES MUNDANALES SANTIFICADAS POR LA GRACIA, COMO TESTIMONIO CRISTIANO: «ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA, CONSECRATIO MUNDI»

De la proyección de lo «radical» cristiano —la vida de la gracia con su efecto formal, la filiación divina— sobre lo «radical» humano —el trabajo, la situación mundanal— surge la santificación del trabajo ordinario que, por este solo hecho, se constituye esencialmente como testimonio apostólico. El modo de entender la vocación apostólica de los laicos es la tercera línea estructurante de la es-

<sup>34</sup> «¡Pan y Palabra!: Hostia y oración» («Camino», 87). Habría que tratar aquí, para no dejar inconsiderado un rasgo tan importante de esta «primacía de la gracia», lo que significa la Santa Misa en la vida de unos hombres dedicados a la *consecratio mundi*. Me limito a copiar unas palabras del autor de «Camino»: «Consideramos la Santa Misa como el centro y la raíz de nuestra vida interior: encendeos en el deseo de ofrecer con Cristo sobre el Altar para la salvación de todas las almas. No os acostumbéis nunca a celebrar o a asistir al Santo Sacrificio: ...allí está siempre presente Cristo, Dios y hombre, Cabeza y Cuerpo, y, por tanto, junto con Nuestro Señor, toda su Iglesia» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 28-III-55).

<sup>33</sup> «Ecclesiam suam», cap. I.

piritualidad que se refleja en los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer.

«Te apartas de tu camino de apóstol, si, con ocasión —o con excusa— de una obra de celo, dejas incumplidos los deberes del cargo. Porque me perderás el prestigio profesional, que es precisamente tu 'anzuelo de pescador de hombres'» («Camino», 372).

Este es uno de tantos pasajes de «Camino» en los que Mons. Escrivá de Balaguer sitúa con una pincelada su concepción del apostolado laical, que venía a dar un giro de 180 grados a lo que entonces se entendía prácticamente en la vida católica por apostolado. Este venía a ser sinónimo de «obras de celo», actividades caritativas y religiosas que se realizan en el plano eclesiástico, al margen —cuando no contrapuestas— de la actividad secular de los fieles. La doctrina del Fundador del Opus Dei, por el contrario, pone en la más íntima relación el trabajo profesional y la tarea apostólica del cristiano. El trabajo santificado pasa a ser cauce ordinario, divino, de la vocación apostólica de los laicos. El ámbito universal y multiforme de las situaciones humanas y de la vida profesional se identifica ahora con la acción apostólica: «Has de prestar Amor de Dios y celo por las almas a otros, para que éstos a su vez enciendan a muchos más que están en un tercer plano, y cada uno de estos últimos a sus *compañeros de profesión*» («Camino», 944).

Según la espiritualidad del Opus Dei, en efecto, el apostolado de los laicos no es una actividad «eclesiástica», que se «yuxtapone» a su actividad civil, sino la misma

actividad civil —con sus múltiples relaciones humanas— ejercida con sentido sobrenatural: «Nuestra finalidad específica nos impone un trabajo profesional intenso, constante, profundo, ordenado, con la preparación oportuna, con abundancia de doctrina, con estudio, *para realizar así —a través de esa tarea, de esa dedicación— el apostolado que Dios quiere de nosotros*, en la santificación de la propia profesión u oficio en medio del mundo»<sup>35</sup>.

El trabajo humano santificado se convierte en testimonio apostólico. Por eso podía Mons. Escrivá de Balaguer escribir en «Camino»: «Me gusta tu lema de apóstol: 'Trabajar sin descanso'» («Camino», 373). En los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer se repite con escasas variantes una breve fórmula que, en su densidad, recoge la esencia de su pensamiento acerca del apostolado laical: «Hay que santificar *la* profesión, santificarse *en* la profesión, santificar *con* la profesión»<sup>36</sup>. En esta frase lapidaria, el segundo miembro hace referencia a la santificación *personal* por medio del trabajo. Pero la primera y tercera partes contemplan la misión apostólica a través del trabajo.

<sup>35</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 15-VIII-53.

<sup>36</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54. En 1950 había escrito: «La característica peculiar de la espiritualidad del Opus Dei, como tantas veces os he dicho, consiste en que cada uno ha de santificar la profesión, su trabajo ordinario, santificarse en su profesión y santificar a otros con su profesión» (Carta, Roma, 14-II-50).

«Santificar 'el' trabajo»: Acción apostólica sobre ambientes y estructuras sociales

«Hay que santificar el trabajo». Aquí aparece el trabajo como término de la acción santificadora<sup>37</sup>. El trabajo debe ser santo: es decir, las actividades temporales, las circunstancias objetivas de la convivencia humana, las estructuras sociales deben ser objetivamente santas, hay que hacerlas santas. No sólo las personas, sino las cosas, el mundo material, deben ser santos. Con palabras del Fundador del Opus Dei: «Todas las cosas de la tierra, también las criaturas materiales, también las actividades terrenas y temporales de los hombres, han de ser llevadas a Dios —y ahora, después del pecado, redimidas, reconciliadas—, cada una según su propia naturaleza, según el fin inmediato que Dios le ha dado, pero sabiendo ver su último destino sobrenatural en Jesucristo: 'porque quiso el Padre poner en El la plenitud de todo ser y reconciliar por El todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la sangre que derramó en su cruz' (Col. 1, 19-20). Hemos de poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas»<sup>38</sup>. Lo cual implica en el cristiano que asume su propia circunstancia dos cosas:

<sup>37</sup> En frase de Mons. Escrivá de Balaguer citada más arriba se dice del trabajo que es «medio y objeto de santificación» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 15-VIII-53).

<sup>38</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54.

1.<sup>a</sup> Una acabada realización humana y sobrenatural del trabajo: *opera manuum nostrarum dirige super nos* (Ps. 89, 17). Ya se aludió a este punto más arriba.

2.<sup>a</sup> Una valoración, una crítica cristiana de los ambientes y modos de convivencia que recibe y en los que se inserta, para saber qué grado de desorden —de pecado— se encuentra en ellos: sólo así podrá santificarlos, es decir, proceder —cuando sea necesario— a una reforma de las instituciones sociales que, según Mons. Escrivá de Balaguer, ha de entenderse como «restituir al mundo la bondad divina de su recto orden»<sup>39</sup>.

La doctrina social de la Iglesia será siempre criterio inspirador de esa valoración de las estructuras y de sus soluciones, pero la fuerza de éstas —de las soluciones que los cristianos propongan— habrá de medirse en la sociedad civil por la validez humana de las mismas y por el prestigio profesional<sup>40</sup> de los hombres que las mantengan, no por el «marchamo eclesiástico» oficial que algunos quisieran: «Dios ha dejado el mundo a las disputas de los hombres» (Eccl. 3, 11), y los cristianos, que son hombres, como hombres deben relacionarse con sus conciudadanos, sin privilegios extrínsecos, aunque de hecho estén dotados del privilegio invisible de la gracia de Dios.

«Hay que santificar el trabajo». Los laicos, ejerciendo con perfección su tarea hu-

<sup>39</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 15-VIII-53.

<sup>40</sup> Cfr. el concepto de prestigio profesional (páginas 97-99).

mana en el mundo —atravesada por la gracia de Dios—, contribuirán a que las cosas de la tierra «se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desenvuelvan y sean para la gloria del Creador y del Redentor»<sup>41</sup>. En la práctica, se tratará de crear un ambiente, unos modos de convivencia y fraternidad que al hacer al hombre más humano lo dispongan a la vez para la recepción del mensaje sobrenatural de salvación<sup>42</sup>. En efecto, en la medida en que el orden del mundo sea recto humanamente, ese orden manifiesta mejor su coherencia con el orden sobrenatural y facilita la acción de la gracia. Por eso santificar *el* trabajo es acción apostólica<sup>43</sup>.

*«Santificar 'con' el trabajo»: Acción apostólica sobre las personas singulares*

*«Hay que santificar con el trabajo». Esa acción santificadora directa sobre las cosas temporales —indirecta sobre las personas—*

<sup>41</sup> Const. de Ecclesia, núm. 31.

<sup>42</sup> La presión social de un ambiente puede trabajar en pro o en contra de la concepción cristiana de la vida. La presencia de los cristianos en los más distintos ambientes es condición necesaria para que el dinamismo social de las estructuras trabaje «a favor de Cristo»: «¡Influye tanto el ambiente!», me has dicho. —Y hube de contestar: sin duda. Por eso es menester que sea tal vuestra formación, que llevéis, con naturalidad, vuestro propio ambiente, para dar 'vuestro tono' a la sociedad con la que conviváis» («Camino», 376).

<sup>43</sup> Cfr. el núm. 36 de la Const. de Ecclesia, que trata el tema a partir de la participación de los laicos en el oficio regio de Cristo.

es, en la doctrina del Fundador del Opus Dei, simultánea e inseparable de esta otra que se proyecta *directamente* sobre las personas singulares y concretas. A partir de la situación profesional civil que cada cual tiene en la vida surge una variedad de relaciones con compañeros de profesión, con otras personas relacionadas con la profesión, con el ambiente social y familiar que uno frecuenta; se crean, en definitiva, unas relaciones de convivencia, de trato y de amistad. Este hecho natural humano, cuando es vivido por un cristiano con sentido sobrenatural, se transforma espontáneamente en una acción apostólica, con la palabra y con el ejemplo, sobre los compañeros de profesión. Este es, me parece, el contenido del pensamiento de Mons Escrivá de Balaguer que comentamos —«santificar a otros con su profesión»—, del que este punto de «Camino» parece una glosa:

*«Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via? —¿Acaso nuestro corazón no ardía en nosotros cuando nos hablaba en el camino?*

Estas palabras de los discípulos de Emaús debían salir espontáneas, si eres apóstol, de labios de tus compañeros de profesión, después de encontrarte a ti en el camino de su vida» («Camino», 917)<sup>44</sup>.

<sup>44</sup> Casi con las mismas palabras se recoge este pensamiento en una de las cartas que venimos citando: «Y al recorrer juntos el camino de la vida profesional y civil, se da ocasión a una profunda labor apostólica, de modo que también esas personas, como los discípulos de Emaús, pueden después decir: *nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via, et*

«Los socios del Opus Dei —escribe su Fundador— trabajan como ciudadanos, procurando cumplir todos sus deberes y ejercitando todos sus derechos; y cada uno ejerce su profesión —manual e intelectual— de la misma manera y del mismo modo que los demás, *pero procurando ganar almas para la Santa Iglesia de Dios en ese ejercicio de su personal ocupación secular...*»<sup>45</sup>.

*El apostolado de los laicos, actividad «eclesial», pero no «eclesiástica»: La discreción del cristiano*

Esta acción sobre las cosas y las personas no puede ser encuadrada —a pesar de ser verdaderamente apostólica— en ninguna estructura «eclesiástica», pues su naturaleza sigue siendo «civil» —trabajo, vida profesional, amistad, convivencia humana, relaciones sociales y familiares—. Para entender la doctrina de Mons. Escrivá de Balaguer hay que saber descubrir la compatibilidad entre la naturaleza secular de la vida de los laicos y la «eclesialidad» profunda que el Bautismo y los demás Sacramentos introducen en estas actividades seculares sin transformarlas en «eclesiásticas».

«Cristo, el gran Profeta —dice la Constitución de Ecclesia, número 35—, ... cumple

---

*aperiret nobis Scripturas?* ¿No es verdad que nuestro corazón se abrasaba, cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba la Escritura?» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Roma, Carta, 15-VIII-53).

<sup>45</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54.

su misión profética... no sólo a través de la Jerarquía que enseña *en su nombre y con su potestad*, sino también por medio de los fieles, a quienes constituye (Cristo) *en testigos y les ilumina con el sentido de la fe y la gracia de la Palabra.*»

El laico —cuestión diversa es el tema del «mandato» jerárquico o de la «misión canónica»<sup>46</sup>— no habla *oficialmente* en nombre de Cristo, no actúa *eclesiásticamente*, sino *civilmente*, con secularidad, aunque su actuación sea verdaderamente *eclesial*, cristiana<sup>47</sup>, ejercicio de su participación en el oficio profético de Cristo, que le ha sido conferido por la filiación divina —Bautismo— y por la efusión del Espíritu —Confirmación—.

«Operari sequitur esse». De la naturaleza del apostolado de los laicos se sigue su modo específico de ponerse en ejercicio. Este «operari» se designa en la doctrina del Fundador del Opus Dei por una de las más importantes categorías de esta espiritualidad: *la discreción*. «Discreción no es misterio, ni secreteo. —Es, sencillamente, naturalidad» («Camino», 641). Discreción se opone a «oficialidad»: «Ser apóstol y no llamarte apóstol, ser misionero y no llamarte misionero, ser hombre de Dios y parecer hombre de mundo» («Camino», 848).

Discreción es autenticidad —respeto a la verdadera condición secular del laico— y, en consecuencia, eficacia:

---

<sup>46</sup> Cfr. Const. de Ecclesia, núm. 33.

<sup>47</sup> «Participación en la misma función salvadora de la Iglesia», dice la Const. de Ecclesia, núm. 33.

«¿Brillar como una estrella—, ansia de altura y de lumbre encendida en el cielo? Mejor: quemar, como una antorcha, escondido, pegando tu fuego a todo lo que tocas.

—Este es tu apostolado: para eso estás en la tierra» («Camino», 835).

El apostolado *discreto* de los laicos se caracteriza porque proponen la Palabra siguiendo el estilo de la palabra humana. Por eso su testimonio apostólico pudo ser llamado por Mons. Escrivá de Balaguer «apostolado de amistad y confidencia» (cfr. «Camino», 972, 973).

La convivencia humana, la fraternidad social y profesional y, a la vez, la defensa de la libertad y de la dignidad de la persona humana son los supuestos de este discreto testimonio apostólico de los laicos. Con ellos Cristo se hace presente en los últimos rincones del mundo, pero sin ruido, sin «triumfalismo», sin «catolicismo oficial» —con discreción—, como el fermento en la masa. Mons. Escrivá de Balaguer suele ilustrar el apostolado de los laicos en el mundo diciendo que es «como una inyección intravenosa en el torrente circulatorio de la sociedad». Esta es la discreción: presencia *real y silenciosa* de la gracia divina en el dinamismo de las estructuras humanas.

«Es verdad que he llamado a tu apostolado discreto, 'silenciosa y operativa misión'.

—Y no tengo nada que rectificar» («Camino», 970).

Por fuerza, un apostolado que consiste en la santificación del trabajo y que tiene estas características teológicas, se ejerce con libertad bajo la propia responsabilidad, y

tiene manifestaciones variadísimas —como variada y rica es la gama de las actividades sociales—:

«Te pasmaba que aprobara la falta de 'uniformidad' en ese apostolado donde tú trabajas. Y te dije:

Unidad y variedad. —Habéis de ser tan varios, como variados son los santos del cielo, que cada uno tiene sus notas personales especialísimas. —Y también, tan conformes unos con otros como los santos, que no serían santos si cada uno de ellos no se hubiera identificado con Cristo» («Camino», 947).

Y la unidad del apostolado de los laicos en medio de esa variedad, no puede consistir —por su naturaleza— en una *organización* que sea como el «centro oficial de los laicos», sino en algo tan discretamente —y tan profundamente— central como la *cariidad*, alma creada del Cuerpo Místico de Cristo: «El esfuerzo de cada uno de vosotros, aislado, resulta ineficaz. —Si os une la caridad de Cristo, os maravillará la eficacia» («Camino», 847).

### III

#### LA «IMAGEN DEL CRISTIANO» PROPUESTA EN «CAMINO»: EL CONCEPTO DE «UNIDAD DE VIDA»

Trabajo. Vida de oración. Testimonio apostólico. Estos tres ejes señalan el espacio en que se mueve la santidad laical<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> Debo dejar apuntado aquí que la espiritualidad de «Camino» mira las situaciones «seculares» del cristiano, cualesquiera que sean: por eso, su doctrina básica se refiere tanto a los laicos como a los sacerdotes *seculares*, que deben santificarse en el mundo, en su *estado secular*. El Fundador del Opus Dei suele decir que todos los socios del Opus Dei —clérigos y laicos— deben tener «alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical» (MONS. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Cartas, Roma, 28-III, 28-III-55, núm. 3). Los laicos deben vivir el sacerdocio real de los fieles en el ejercicio de su «munus publicum» —la profesión u oficio *civil*—, y los sacerdotes seculares deben santificarse también por el ejercicio de su «munus publicum», que es el ministerio *eclesiástico*. Todas las características de la santificación del trabajo ordinario descritas más arriba son aplicables al ejercicio del ministerio sacerdotal. Una de las consecuencias que tiene esta «mentalidad laical» vivida por un sacerdote con «alma sacerdotal» es la repulsa expresa de todas las formas de clericalismo —mentalidad de grupo privilegiado y dominador— y, por tanto, considerar el «ministerium verbi et sacramentorum» como lo que es: un servicio a los hermanos. Por lo demás, una espiritualidad de la secularidad así entendida, común a clérigos y a laicos, es la base de una verdadera relación fraternal entre sacerdotes y seglares: «la labor

«El Opus Dei —escribe su Fundador— es una Asociación de fieles que, por vocación específica, se dedican a *buscar la perfección cristiana y a ejercer el apostolado dentro de su estado y cada uno en el ejercicio de su profesión u oficio en el mundo*, para dar testimonio de Jesucristo y servir también así a la Iglesia y al Romano Pontífice y a las almas todas»<sup>49</sup>. Estas son las tres grandes líneas de la espiritualidad propuesta al cristiano corriente por Mons. Escrivá de Balaguer.

La «imagen del cristiano» que brota de esta doctrina espiritual, responde al concepto de «unidad de vida». Estudiar este concepto, siquiera sea brevemente, es el último paso de nuestro estudio y equivale a penetrar en la esencia de la espiritualidad del Opus Dei.

La «unidad de vida», predicada una y otra vez por Mons. Escrivá de Balaguer desde los tiempos de la fundación del Opus Dei, alude a la armonía intrínseca, a la unidad dinámica, a la síntesis vital, que esos tres aspectos de la santidad en el mundo —trabajo, oración, apostolado— tienen en la existencia cristiana. Una pincelada en la que se

---

de los laicos y la de los sacerdotes se complementan y se hacen mutuamente más eficaces» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 28-III-55). «Esto hace que los clérigos no atropellen a los laicos, ni los laicos a los clérigos; que no haya clérigos que se quieran entrometer en las cosas de los laicos, ni laicos que se entrometan en lo que es propio de los clérigos» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54).

<sup>49</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54.

contempla al cristiano en esa unidad de vida es la que se refleja en este punto de «Camino»: «Para que El reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente —y eficazmente— un apostolado de carácter profesional» («Camino», 347):

*La vista en el cielo:* he aquí la vida de la gracia, la interioridad cristiana, la vocación a la santidad, el alma contemplativa.

*Dedicación a todas las actividades humanas:* ésta es la profesión civil y la circunstancia mundanal, asumida por el cristiano, que se santifica a través de aquella mirada a lo alto.

*Ejercicio de un apostolado de carácter profesional:* el dinamismo de la vida profesional santificada se transforma en apostolado.

La consecuencia es «que El reine en el mundo»: la *consecratio mundi*.

Esta «unidad de vida», según el Fundador del Opus Dei, es el reflejo del misterio de Cristo en el cristiano. Por eso, el pasaje del Símbolo *Quicumque* que presenta a Jesucristo *perfectus Deus, perfectus homo*, es habitual en su palabra y en su pluma para explicar la «unidad de vida». El misterio de Cristo —formalmente: dualidad de naturalezas en la unidad salvadora de la Persona— es, visto desde este ángulo, como el «exemplar supremum» de la imagen del cristiano que nos presenta la doctrina espiritual de

Mons. Escrivá de Balaguer: imitar a Cristo en la vida ordinaria es buscar continuamente —oración y lucha ascética— la unidad, la síntesis redentora de lo más divino y de lo más terreno.

La «unidad de vida» como «imagen del cristiano» no confunde ciertamente los planos natural y sobrenatural; como un nuevo monofisismo, pero excluye en la vida del cristiano los compartimentos estancos, las rupturas, las yuxtaposiciones —el nestorianismo ascético—, y crea en la realidad cotidiana de su vida una mutua inmanencia de los diversos aspectos de su vocación existencial, divina y humana a la vez.

Son muchos los puntos de «Camino» que recogen las diversas rupturas que se dan en la vida del laico, cuando no vive una espiritualidad propiamente laical. He aquí algunos ejemplos:

Vida interior al margen de la vida profesional: «Frecuentas los Sacramentos, haces oración, eres casto... y no estudias... —No me digas que eres bueno: eres solamente bondadoso» («Camino», 337).

Vida profesional al margen de la vida cristiana: «¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?» («Camino», 353).

Apostolado al margen de la vida profesional: «Oras, te mortificas, trabajas en mil cosas de apostolado..., pero no estudias. —No sirves entonces si no cambias. El estudio, la

formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros» («Camino», 334).

Apostolado al margen de la vida interior: «Es inútil que te afanes en tantas obras exteriores si te falta Amor» («Camino», 967).

Como se ve, las rupturas en la vida de un fiel le llevan, según el polo que predomine, a parecerse o a un beato o a un pagano. La unidad de vida, por el contrario, lleva a la auténtica y original vocación del laico en el Pueblo de Dios, es decir, a la inmanencia mutua de los tres aspectos.

Escribe Mons. Escrivá de Balaguer: «El doble aspecto de nuestro fin —ascético y apostólico— está tan intrínseca y armónicamente unido y compenetrado con el carácter secular del Opus Dei, que da origen a una *unidad de vida* sencilla y fuerte —unidad de vida ascética, apostólica y profesional—, y hace que nuestra existencia entera sea oración, sacrificio y servicio, con un trato filial con la Trinidad Beatísima»<sup>50</sup>.

El trabajo se convierte en oración y en ocasión de apostolado. La oración —Liturgia de la Iglesia y oración privada— es ofrecimiento del trabajo y clamor por las almas. El apostolado es el mismo trabajo profesional —con las relaciones humanas que implica— santificado por la presencia de Dios. «Una hora de *estudio*, para un *apóstol* moderno, es una hora de *oración*» («Camino», 335). «Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras...» («Camino», 825). Es oración y es mortifica-

<sup>50</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 14-II-50.

ción, Cruz de Cristo: «Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella» («Camino», 277). La oración se hace así trabajo —exigencia y sentido sobrenatural del trabajo—, y el trabajo se hace oración, por la continua presencia de Dios, por la rectitud de su ejercicio, e incluso —alguna vez— al condicionar el modo de oración por el resultado del trabajo en el propio cuerpo (el cansancio): «El trabajo rinde tu cuerpo, y no puedes hacer oración. Estás siempre en la presencia de tu Padre. —Si no le hablas, mírale de cuando en cuando como un niño chiquitín... y El te sonreirá» («Camino», 895). «Y en la calle, en medio del trabajo intelectual o manual —que lo mismo da—, buscamos y encontramos sin rarezas el silencio entre el fragor del mundo, para callar, para escuchar, para tratar y mirar a Jesucristo, Amor nuestro»<sup>51</sup>.

Según la espiritualidad del Opus Dei, al hombre que vive la «unidad de vida» nada de lo humano le es extraño y todo lo de Dios le es propio: por eso es «un contemplativo en medio del mundo».

«Tienes razón. —Desde la cumbre —me escribes— en todo lo que se divisa —y es un radio de muchos kilómetros—, no se per-

<sup>51</sup> Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 31-V-54.

cibe ni una llanura: tras de cada montaña, otra. Si en algún sitio parece suavizarse el paisaje, al levantarse la niebla, aparece una sierra que estaba oculta. Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero *no hay caminos hechos para vosotros...* Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas» («Camino», 928).

En estas líneas, que hoy casi resultan proféticas, se contempla el panorama del apostolado laical en la Iglesia. Dificultades «ad intra»: ni la Teología ni el Derecho sabían dar razón —iban a la zaga— del fenómeno vital del laicado, que tomaba conciencia de sus propias responsabilidades<sup>52</sup>. Dificultades «ad extra»: «es un mundo entero el que hay que rehacer desde sus cimientos»<sup>53</sup>. Pero la vida acaba por imponerse, sobre todo si está movida por el Espíritu. Y los documentos conciliares —en especial la Constitución Dogmática sobre la Iglesia —y la presencia de diversas Asociaciones de fieles dan testimonio del hecho: se están abriendo caminos en medio de las montañas.

<sup>52</sup> Cuando se trata de distintas manifestaciones de acción apostólica, según Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, la cosa es explicable: «porque primero es la vida, el fenómeno pastoral vivido. Después, la norma, que suele nacer de la costumbre. Finalmente, la teoría teológica, que se desarrolla con el fenómeno vivido. Y, desde el primer momento, siempre la vigilancia de la doctrina y de las costumbres, para que ni la vida, ni la norma, ni la teoría se aparten de la fe y de la moral de Jesucristo» (Mons. ESCRIVÁ DE BALAGUER, Carta, Roma, 19-III-54).

<sup>53</sup> Pío XII, Exhortación a los fieles de Roma, 10-II-52.